

¿Todos iguales?

CLAUDIO GODOY

“A todo el mundo le gusta destacar, siempre que esa importancia no resulte incómoda...”
Goethe, “Diario de Otilia”, *Afinidades electivas*.

“El hombre sabio no lo es en todas las cosas”
M. de Montaigne, *Ensayos*.

Los hombres excepcionales

A mediados del siglo XIX, el escritor escocés Thomas Carlyle ofrecía una serie de conferencias, recopiladas luego bajo el título de *Los héroes*, en donde se ocupaba de los Grandes Hombres, aquellos que con sus actos han marcado la historia del mundo. Ahora bien, lo hace teniendo en cuenta que, ya en esa época, se constataba una marcada declinación del heroísmo viril. Saluda así a Napoleón como el “magnífico instrumento gastado demasiado pronto, hasta quedar completamente inútil ¡nuestro último Grande Hombre!” (1995: 228). Efectivamente, los cañones de las guerras napoleónicas se habían apagado y el siglo asistía, no sin desconcierto, a la tremenda transformación que le brindaba la irrupción avasallante de la tecnociencia. Poco después, con la Gran Guerra de 1914, se verificaría que los hombres podían ser masacrados en masa con la ayuda de las novedosas máquinas de exterminio.

En su nostalgia, Carlyle invoca una serie heteróclita que distingue diversas figuras del héroe a las que ubica también en su momento histórico. A cada época su tipo de héroe. Las de los tiempos antiguos (Héroes-Dioses, Profetas, Sacerdotes), la de todos los tiempos: (Poetas, Literatos), y la última forma: el hombre capaz, el que sabría lo que los demás tienen que hacer.

El carácter más significativo de una época depende, para este autor, del modo en que ha dado su bienvenida al Gran Hombre. Así, observa que la maquinaria de la naturaleza se ha vuelto poco pródiga en su producción, los charlatanes y farsantes parecen copar la escena, aunque reconoce que a veces puede no ser fácil distinguirlos, pues los hombres tienden a venerar apariencias.

¿Cómo distinguirlos entonces? “Donde no existe diferencia específica entre lo redondo y lo cuadrado, toda definición resultará más o menos arbitraria” (Carlyle, 1995: 83). Se tratará, más que nada, de la universalidad que produce.

Propone entonces el ejemplo de Dante y Shakespeare, héroes poetas. “Viven aparte, en una especie de regia soledad; nadie igual; nadie junto a ellos; en el sentir del mundo, se hallan investidos de cierto trascendentalismo... ¡Están canonizados, por más que ningún Papa ni Cardenal hayan intervenido en ello!” (Carlyle, 1995: 85). Dante es el hombre que habla en nombre de la Edad Media. Podríamos decir que nos trasmite el espíritu de su época hecho música poética pero también que es él quien lo hace existir con su escritura.

El héroe encarna entonces aquel que transgrede un límite y, precisamente por eso, queda en un lugar de soledad; es decir, de excepción: $\exists x \ \overline{\Phi x}$. Esto le permite, sin embargo, fundar un “para todos” $\forall x \ . \ \Phi x$, esto es, un universal. Puede valer para todos por la exterioridad misma de su enunciación, a partir de la cual se constituye el conjunto finito. Es el para todos “que

conduce a admitir al jefe, el *no-como-los-otros*, no como todos los otros” (Miller, 2008: 312).

La lógica del todo y la excepción es, efectivamente, la que determina el lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación. Es por eso que los valores viriles se han encarnado usualmente en figuras heroicas excepcionales. Pero notamos que, en el siglo XIX, comenzaba a ser cada vez más difícil encontrarlas.

El héroe, su ayuda de cámara y su mujer

Hegel afirmaba que

Nadie es héroe para su ayuda de cámara pero no porque aquél no sea un héroe, sino porque éste es el ayuda de cámara que no ve en él al héroe, sino al hombre que come, bebe y se viste; es decir, que lo ve en la singularidad de sus necesidades y de sus representación¹ (1981: 388)

El ayudante de cámara ve solo las pequeñas minucias de la vida cotidiana y los motivos más bajos, no las grandes realizaciones universales que lleva a cabo.

Para el filósofo alemán los “individuos históricos” son aquellos que no hallan su fin en el “sistema tranquilo y ordenado de las cosas”, que no encuentran su justificación en el estado existente sino en el “espíritu oculto que llama a las puertas del presente” (1986)². Son los que han

¹ Hegel, G., W. F. *Fenomenología del espíritu* (p. 388). Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1981. Este mismo argumento fue luego repetido por Goethe en *Afinidades electivas*, II parte, Cap. V del “Diario de Otilia”, y por Carlyle, en *Los héroes*, op. cit., (p. 174). Para él si el criado no reconoce al héroe es por su culpa, pues posee un alma vulgar.

² Cf.: Hegel, G., W., F. (1986). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

sacado lo universal de sí mismos para realizarlo. Aborda el destino de dichos individuos desde su perspectiva dialéctica, poniendo en relación lo particular del héroe con lo universal en sus realizaciones, lo cual le permite hacer una aguda crítica de la “vulgaridad psicológica” que separa y contrapone ambas dimensiones. Por ejemplo, cuando no comprende que el héroe, en su triunfal camino universal, tiene que pisar algunas flores inocentes y destruir muchas cosas a su paso (1986: 97).

Para Carlyle el Mundo-ayuda-de-Cámara ha de verse gobernado por el Héroe-Simulado, por el rey disfrazado con los atavíos del rey, el Padre de los charlatanes. Pues son tal para cual. Denostaba así la ceguera y mediocridad de sus coetáneos que no sabían rendir el culto que se debe a la excepción.

Podemos preguntarnos –tomando una propuesta de J.-A. Miller– (1996: 57) si hay grandes hombres para sus mujeres. Sin ser lo más frecuente él lo encontraba, sin embargo, en las esposas de algunos pintores. Ellas –señala–:

se realizan mucho a través del hombre pintor, es decir, viven *con* este hombre pero no en el sentido solamente de compañero, sino de instrumento... En cada ocasión que he visto a alguien gran hombre para su esposa, me ha parecido inquietante (1996: 66)

Quizás haya pensado en Picasso y sus mujeres, en especial su última esposa, aquella que lo llamaba “mi señor” pero también manejaba rigurosamente su entorno, culminando en el suicidio luego de la muerte del gran hombre. Convergen en ella la sumisión y la instrumentalización del “genial artista”, el héroe-artista por excelencia del siglo XX.

Salvo en este caso, podría afirmarse que no hay héroe para su mujer pero por razones muy distintas a la del ayudante de cámara, aunque este también pueda ser testigo del modo en que bebe,

come y se viste. Ello es así en la medida que la mujer lo confronta con una lógica distinta a del todo y la excepción al introducir la dimensión del no-todo, sin excepción. El ayudante de cámara no reconoce al héroe aunque está en su misma lógica, mientras que la mujer lo descompleta en su alteridad.

Lo inquietante de quién es héroe para su mujer es la suspensión de la alteridad. Es necesario que el no-todo se introduzca en el gran hombre para que la función de excepción no se vuelva inquietantemente megalómana y “totalitaria”.

Posiciones éticas masculinas

No solo para el que ocupa el lugar de excepción será crucial su confrontación con la lógica del no-todo. Lo es también para aquellos que habitan el amplio campo del “para todos”, en una época en donde las excepciones revelan, más que nunca, su carácter de puro semblante.

Usualmente, cuando nos referimos al lado “macho” de la sexuación (Lacan, 1981: 9), solemos concluir rápidamente en la homogeneidad evidenciada en la fórmula $\forall x . \Phi x$ (para todo x se cumple la función Φ). Pero es importante señalar que Lacan sitúa distintas posiciones éticas dentro de ese conjunto según su posición frente a la no-relación; es decir, a lo Otro. Al menos dos, pero quizás se pueda deducir todo un gradiente de variaciones entre ambas.

La sumisión a la lógica del falo y la castración determina la condición fetichizada que le impone a su objeto la fantasmática masculina, a la vez que le impone su matrimonio con el *Wiwimacher*³, ese que para Lacan quizás solo la droga puede romper.

³ Cf.: Lacan, J. (Inédito). “Sesión de clausura”, **Jornadas de carteles de la Escuela Freudiana de París**, abril 1975. Allí señala: “No hay otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pípi”.

Era lo que Freud situaba en la salida del Edipo en el varón: elegir entre el pene y el amor. Es un matrimonio férreo pero no exento de conflictos, como la clínica lo demuestra en los casos en que el órgano entra en franca disyunción con su supuesto propietario (desde la eyaculación precoz a la impotencia).

Tal vez la más indisoluble alianza con el falo es lo que Lacan denominó “ética del soltero” (2012: 567). Ética que, como bien lo señala, va acompañada por no ser incauto de la relación sexual. Según como esté situado frente a la castración, puede desprenderse un poco de goce *idios* (1981: 99) que lo estorba en el amor, y no hacer un uso meramente defensivo de su perversión fantasmática abriendo un modo más poético⁴ en su no-relación con lo femenino, una cierto saber arreglárselas con la mujer como síntoma. Lacan destaca el valor ético de lo *héteros*, lo cual no se confunde necesariamente con las características de la elección de objeto. Hay hombres “heteros” por demás “idiotas” y otros, “homos”, con cierta sensibilidad a lo femenino.

En el extremo encontramos el rechazo de algunos hombres, no hacia las mujeres sino a la alteridad en ellas, encuentro angustioso con el S(~~A~~) al que, algunos hombres, pueden responder de los modos más brutales. En especial aquellos en los que toma el valor fantasmático de un superyó insaciable que les exige la castración que no pueden dar.

Para un analista la posición de un hombre no se lee tanto en su adecuación a los ideales de una época, su identificación o no a las tradiciones, o su sostén de ciertos semblantes; sino en cómo, aun habitando un lado de las fórmulas de la sexuación, intenta abrirse

⁴ Cf: Lacan, J., *El seminario. Libro 20: “Aun”*, op. cit., (p. 88). Allí señala que el hombre cree abordar a la mujer pero “...sólo aborda la causa de su deseo, que designé como *a*. El acto de amor es eso. Hacer el amor, tal como lo indica el nombre, es poesía. Pero hay un abismo entre la poesía y el acto. El acto de amor es la perversión polimorfa del macho, y ello en el ser que habla”.

al Otro aunque la relación sea imposible. Es una ética en donde no todos son iguales, sin tener que llegar a ser excepcionales. Allí, en el límite, cada uno se encuentra con su *partenaire* síntoma, con su modo singular de fallar –como hombre– a la relación sexual. Puede ser todo un arte.

Bibliografía

Carlyle, T. (1995). *Los héroes*. Madrid: Globos.

Hegel, G., W.F. (1981). *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

----- (1986). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Lacan, J. (1981). *El seminario, Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2012). “Televisión”. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J.-A. (1996). “A 30 años de la publicación de los *Escritos*”. En *El Caldero de la Escuela*, (47). Buenos Aires: EOL.

----- (2008). *El partenaire síntoma*. Buenos Aires: Paidós.